

REPENSANDO DESDE EL FEMINISMO LOS ESTUDIOS LATINOAMERICANOS

Nara Araujo
Universidad de La Habana

A principios de los 80 en su libro *Sobre la deconstrucción*, Jonathan Culler de manera rotunda afirmaba, sobre la crítica feminista, que ésta ha tenido consecuencias mucho mayores que cualquier otra corriente crítica y que ha constituido una de las fuerzas de renovación más poderosas en la crítica contemporánea (1984:30). La inserción de ese comentario en un libro donde Culler se ocupa de la teoría crítica y en particular de la deconstrucción, y el que uno de los capítulos esté dedicado al problema de la lectura, del lector macho y el lector hembra, son indicadores de lo que la práctica de la crítica feminista en las últimas décadas ha hecho evidente: su cercanía con otros enfoques, entre ellos el desconstruccionista, ambos empeñados en una desestabilización de los discursos hegemónicos y monológicos.

Pero mi interés no es rastrear las filiaciones del discurso crítico literario feminista, sus encuentros o sus desencuentros, sino el pensar en qué medida la afirmación del crítico estadounidense pudiera corresponder a la situación de los estudios literarios latinoamericanos, de qué manera se les ha repensado desde la perspectiva propuesta y desarrollada por el feminismo. Un balance similar se hizo hace ya más de una década en un encuentro de LASA y en aquella ocasión Jean Franco, una de las protagonistas de este proceso de cambio afirmaba que en efecto ésta había contribuido al estudio de la literatura latinoamericana, lo cual justificaba dedicar una sesión entera al análisis del estado de la teoría y la crítica feministas (Franco 1986).

Mi intención entonces es, en primer lugar, revisar replanteos fundamentales y una praxis crítica, no en los términos de simple y exhaustivo inventario, de títulos y autorías, sino destacando acciones que han contribuido a refigurar los tópicos de los estudios literarios latinoamericanos, tanto ampliando sus referentes y objetos de estudio como sus puntos de vista. En segundo, insertar en ese cambio, la acción desestabilizadora del libro *Ella escribía poscrítica* (1995), de la profesora e investigadora cubana Margarita Mateo.

I

En octubre de 1999 se celebró en Querétano, México, un encuentro de la Asociación de Literatura Femenina Hispánica. Una revisión de los tópicos del programa muestra la recurrencia de aquellos referidos a identidades y sexualidades, poder y género, política cultural de la diferencia, nación, género y cultura, cuerpo y erotismo, genealogías y desterritorialización. El campo semántico que estos términos conforman no ha sido ciertamente una invención de la crítica feminista pues esos tópicos han entrado al discurso crítico, como parte del cambio producido en los estudios literarios en su conjunto. Este cambio ha implicado: la ampliación del concepto mismo de literatura, de la literariedad y el

borramiento de sus fronteras; la indeterminación de los géneros literarios y su contaminación; la crisis de crecimiento en la institución académica y la interdisciplinariedad, con la intervención en el análisis del texto literario de diferentes disciplinas --antropología, psicoanálisis, filosofía; la irrupción de los estudios culturales y postcoloniales, resultado y participantes del movimiento anteriormente descrito, que han debido y querido dar respuesta a las múltiples interrogantes que el cambio de paradigma en los estudios literarios ha producido, prestando atención a otros discursos y a otros sujetos, anteriormente considerados como marginales.

En el contexto de los estudios literarios latinoamericanos, a finales de los años 80 ya podía constatarse cómo la desconfianza posmoderna a los relatos totalizadores, la afirmación de la heterogeneidad como marca de la producción cultural de la América Latina, el interés por los géneros marginales (literarios y sexuales) implicaba una desestabilización de la tradición académica. Parte de ese movimiento fue la crítica literaria feminista, a pesar de las reticencias iniciales ante discursos provenientes "de afuera", del "Norte" (revuelto y brutal), y la insistencia en la necesidad de no perder la especificidad de la problemática latinoamericana (Franco, 1988); de tono reivindicativo primero, esta crítica se dedicó con empeño y buenos resultados a la labor de arqueología literaria que aún está en curso.

Pero ya Franco en sus "Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana" (1986), llamaba la atención sobre la necesidad de no permanecer en esa encomiable tarea sino en plantearse, no tanto los (supuestos) temas y estilo específicos de las escritoras, sino el problema del poder, expresado en términos análogos a la estratificación de la diferencia sexual, y la manera en que se constituyó la "autoridad textual", lo que Franco denominó: la "lucha por el poder interpretativo" (1988): la necesidad de particularizar el problema de la mujer dentro de la cuestión más general de la subalternidad.

Dentro de esas coordenadas Franco estudió la vida de las monjas místicas, el relato antropológico de las vidas subalternas y el testimonio de las mujeres subalternas, las relaciones entre saber y poder, entre la escritura femenina y la elección de géneros discursivos no canónicos, --de aquellos "que permiten hablar"-- y como ha apuntado Walter Mignolo (1995), refiriéndose al libro de Franco, *Plotting Women* (1988), las del canon en el corpus. En "Beyond Ethnocentrism: Gender, Power, and the Third-World Intelligentsia" (1988), Franco analiza la elaboración ficcional y no problemática, por los escritores de los sesenta y los setenta (García Márquez et al), del tópico de la madre y la maternidad, y la superación de la concepción de la maternidad asociada a la anatomía y a la naturaleza, por la praxis social de las Madres de la Plaza de Mayo.

La acción de Franco, dentro de los estudios literarios latinoamericanos, no está interesada en construir, a la manera de una de las tendencias en la crítica literaria feminista angloamericana, una tradición literaria femenina que sería alternativa a la masculina --canon que de por sí, en el caso de la América Latina nace bajo el signo de su hibridismo y diferencias problemáticas--, ni tampoco a la manera de las teóricas francesas, explorar las marcas de una escritura regida por el cuerpo y el inconsciente. Más allá de su dedicación a los textos escritos por mujeres como privilegiado objeto de estudio, a aquellos que indican una apropiación del espacio público y una resignificación del espacio privado, a la literatura testimonial como un género propiciador del derecho a hablar del subalterno, o a los que desestabilizan el eje poder/conocimiento/masculino (Franco, 1995), lo que resulta decisivo en la contribución de la autora de *Introducción a la literatura hispanoamericana* y de *La cultura moderna en América Latina*, a la reconfiguración de los estudios literarios latinoamericanos, es que desde el feminismo discute la problemática del poder en su conjunto, a partir de la comprensión de la

naturaleza socialmente construida de lo sexual y por ende del etnocentrismo del saber/poder.

Recolocar la escritura de la mujer en las historias literarias nacionales, distinguiendo entre aquellas que de alguna manera tuvieron cierto acceso a la voz pública y las que permanecieron en el silencio o la oscuridad, problematizando la exclusión del canon y los grados de esta exclusión, ha supuesto un cuestionamiento de la establecida tradición literaria latinoamericana. El diálogo de las escritoras latinoamericanas con el discurso de la nación, como "outsiders y mediadoras", ha sido conflictual y ambiguo, su colocación dentro de las tendencias de la literatura regionalista ha sido impugnada por las clasificaciones literarias (Pratt, 1990).

La revelación de estas tensiones y la recolocación de estos textos dentro de una tipología establecida y en contraste con los textos-paradigmas masculinos, la llamada de atención sobre aquellos discursos críticos/creativos, como el de la problemática del bilingüismo/el mestizaje/la frontera, (Pratt, 1993), es una de las acciones de este cuestionamiento. Otra, fundamental, ha sido revelar "las tretas del débil" (Ludmer, 1984), la potencialidad de los "géneros menores" o escrituras del yo --diarios, cartas, autobiografías de mujeres--, como un espacio privado que se resignifica al cambiar la valencia negativa que le atribuye el binarismo por ser, en la enunciación y horizonte de expectativas de las mujeres, punto de referencia y partida de los otros discursos.

Y otras acciones, no menos significativas, han sido el examen sostenido de la construcción de las comunidades imaginadas desde el espacio de la periferia, al borde del debate oficial, sostenido por las voces masculinas (Masiello, 1993); el análisis de las intersecciones entre género, etnicidad y nación en tiempos de la transición a la Modernidad (Rodríguez, 1994); la propuesta de la crítica literaria feminista, en el campo de los estudios literarios, de una epistemología rehumanizada, a partir de la intersección de sus estrategias --política, personal, teórica, textual y filosófica--, que hacen concurrir a la escena de la enunciación, las voces sin presencia en el discurso científico tradicional (Schmidt, 1994); o el reconocimiento de la voz materna, que el feminismo francés había visto como don de la madre a la hija, como impulso en la obra de escritores latinoamericanos (Vallejo, Arguedas), y la celebración de la acción feminista en la transformación del Sujeto dialógico (Ortega, 1999).

Un aspecto de este movimiento y de su crecimiento es la autorreflexión por parte de sus participantes. Para Amy Kaminsky, puede hablarse en general de una crítica feminista latinoamericana vinculada, por su progresismo político y su creencia en la importancia del análisis crítico académico para el cambio social, con otras formas de análisis literario (1993:20). Pero para Debra Castillo, a pesar de la aparición tanto en Estados Unidos como en diferentes países de la América Latina de obras con una inclinación feminista latinoamericana, no podría hablarse de la aparición de una teoría innovadora, aunque sí de una práctica con la capacidad de dislocar los binarismos padre/autoridad/maestro/voz y madre/subordinada/estudiante/silencio (Castillo, 1992).

La aspiración de una teoría innovadora, adecuada a las realidades contextuales latinoamericanas, ha sido un viejo anhelo dentro de los estudios latinoamericanos desde la propuesta de Fernández Retamar para una teoría literaria latinoamericana (1975). La existencia de enfoques propios a lo latinoamericano, presentes en textos no teóricos --novelas, poemas, artículos, ensayos/Paz, Vargas Llosa, Córdazar, Sarduy--, la formulación de lecturas de la escena latinoamericana como la de la transculturación (Ortiz), lo real maravilloso (Carpentier), la heterogeneidad (Comejo Polar), Calibán (Fernández Retamar), el entre-discurso (Silviano Santiago), el canibalismo (Haroldo de Campos) y la hibridación (García Canclini), son articulaciones teóricas que se han instrumentado a partir de lo que el cuerpo social y el texto

latinoamericano trazaban.

En cuanto a la lectura feminista de este cuerpo social y sus textos, la evidencia de vastas textualidades mal leídas o no leídas, el problema del canon --qué ha entrado y qué no ha entrado, y lo que ha entrado, como qué ha entrado--, ha supuesto un conjunto de articulaciones y posicionamientos teóricos, no unitarios, que instrumentalizan categorías pertenecientes al arsenal teórico contemporáneo, como el poder y la diferencia, para hacer una lectura contextualizada de esas textualidades. La misma Debra Castillo se adscribe no a una "teoría pulida", sino que propone ciertas estrategias (la selección de los géneros, su construcción, las matrices de las estructuras enunciativas, lo ideológico, la función social y recepción de los textos, el rol del crítico y del teórico) (24-25), que se corresponden con las expectativas de un análisis aplicable a un texto de cualquier latitud y pertenencia cultural.

La categoría de diferencia, vocablo que desde la desconstrucción y la teoría feminista francesa se expandió y extendió en el discurso teórico, ha funcionado como un instrumento idóneo para el análisis de un espacio marcado por su singularidad. La diferencia es omnipresente, la pluralidad de escenarios, problemáticas, culturas, mundos, evidencia que nada es igual, que todo es heterogéneo y que la identidad es una construcción discursiva en la que el sujeto se empeña por alcanzarse, pues como reveló Rimbaud, yo es otro. Pero la construcción discursiva del Occidente sobre sí mismo ha impuesto una visión unitaria, la visión de la mismidad, que se define en la medida en que hay un Otro diferente. La marca de lo latinoamericano, como parte de un todo, es su diferencia, por su condición dependiente, periférica y marginal, similar a la de otros espacios culturales con esa condición.

Nelly Richard ha homologado lo femenino con lo latinoamericano, llamando la atención sobre el peligro de que permanecer acriticamente en la aceptación de la diferencia como marca tanto genérica como cultural, dentro de la construcción masculina occidental, podría implicar que lo femenino y lo latinoamericano se convertirían en simples variantes del todo y por ende, perderían la posibilidad de su autoexpresión. De la misma manera que homologar la diferencia de lo femenino con la de otros representantes de la posición del otro, tendencia general dentro del posmodernismo, implica una reducción sectorial cuando la diferencia sexual --y éste es un planteo medular dentro de las propuestas teóricas de Richard--, en realidad atraviesa "transversalmente", toda la problemática de la identidad (1989:65).

Interesada en una nueva práctica teórica, desde la periferia, la acción de Richard, en el contexto de los estudios latinoamericanos, ha sido la de utilizar lo femenino como "pivote contra-hegemónico de los discursos de autoridad" (1990:51), alertando sobre los peligros de la "sobrepotección" de la producción de las mujeres, el desconocimiento de las posibles alianzas con otras voces descanonizadoras y la reducción que éste conlleva (1993:37); y tejiendo una alianza entre la crítica cultural, la desconstrucción y la teoría feminista (1998:145).

La renovación del discurso crítico, la formulación de estrategias teóricas (los géneros que permiten hablar, la lucha por el poder interpretativo, las tretas del débil, lo femenino/lo latinoamericano/la diferencia, lo femenino/juego de posicionalidades), el levantamiento de un nuevo corpus, la ampliación y resignificación del canon, el cambio de paradigmas, las alianzas con otros discursos minoritarios, la indagación en torno a los vínculos entre el género, la raza y la nación, la homologación entre lo femenino y lo latinoamericano, la desmitificación de la ideología patriarcal, la reflexión sobre el rol de la madre y la maternidad han sido y aún son, acciones movilizadoras, desde el feminismo, de los estudios literarios y culturales latinoamericanos.

II

Esta renovación no siempre implica asumir una posición feminista explícita, incluso puede ocurrir tomando cierta distancia del feminismo como ocurre en uno de los acontecimientos editoriales del año 1995 en Cuba: el libro *Ella escribía poscrítica*, de Margarita Mateo.¹ Publicado en pleno Período Especial, en una editorial auspiciada por la Unión de Jóvenes Comunistas, aparecía en un momento de crisis, de penurias y escaseces, luego de que la economía cubana casi colapsa al perder la red de apoyo de los llamados Países Socialistas, y en particular de la entonces Unión Soviética, y mantenerse el bloqueo estadounidense a la isla mayor de las Antillas.

En ese escenario en el que los cortes de electricidad, la reducción dramática de vitales productos de consumo, la casi desaparición de los medios de transporte, la poquedad de los medicamentos hicieron difíciles las condiciones de vida, diversas reacciones respondieron a esta hecatombe. Una parte de la población emigró, por vías, legales e ilegales, y la que permaneció se preparó para resistir y sobrevivir.

El libro de Margarita Mateo se inserta dentro de una estrategia de sobrevivencia personal y colectiva. Escrito en tiempos de crisis, su texto da cuenta del esfuerzo individual que supone afanarse en la escritura --a pesar de las dificultades de la vida cotidiana--, y del estado de ciertos movimientos culturales, marginales, que indican de qué manera el contexto cubano manifestaba e interpretaba el clima de lo posmoderno.

En estos nuevos años duros, los más jóvenes se las ingeniaban para conseguir textos de Barthes, Sarduy y Foucault, que leían con pasión dedicada en círculos de estudio privados y hogareños. Otros, se expresaban en graffitis, tatuajes o en piezas literarias, impublicables por aquel entonces, debido a la escasez de papel y otras penurias. De ese fermento cultural habla el libro de Margarita Mateo, que organiza su eje temático alrededor del problema de la posmodernidad en los contextos culturales latinoamericano, caribeño y cubano.

El propio tema de la posmodernidad llamaba al tópico de lo marginal y de la diferencia, debido a su conocida inclinación a movilizar los discursos del centro y hegemónicos. Por tanto, la selección del tema del libro lo inclinaba hacia la ruptura. El libro en sí mismo, por su factura y punto de vista se insertaba en esa posmodernidad de la cual el discurso académico --una de las voces del libro-- se ocupa. Fragmentado en dos líneas discursivas, una académica, la otra ficcional, el libro de Mateo las combina pues el sujeto protagónico de la segunda, es una profesora de literatura que se ocupa de los tópicos que en la primera línea se discuten.

Pero incluso en la primera línea discursiva --primera, no en importancia, sino porque comienza el libro--, se combina el ensayo puntual, sólido y bien argumentado y citas pertinentes, con fragmentos de diversa naturaleza --una carta a John Beverly, cartas a y del editor--, en los cuales tiene lugar un proceso autorreferativo, que refuerza el discurso académico y al mismo tiempo, lo desacraliza; la pequeña historia del libro, su gestación y elaboración crean otra zona discursiva dentro del discurso de "lo serio".

El esfuerzo de desmontar los presupuestos totalitarios que paradójicamente el discurso de lo posmoderno ha construido sobre sí mismo, la defensa, sin concesiones en lo estético, de la copia, lo marginal y lo periférico, de lo que llega tarde, como valores estéticos e históricos, la argumentación de los antecedentes literarios cubanos a lo posmoderno, el estudio de la producción narrativa de los más jóvenes creadores cubanos (los llamados "novísimos"), el análisis de textos inéditos --justificado por la autora por la existencia de una distancia en este período en Cuba, entre la literatura escrita y la literatura publicada--, es un esfuerzo de

desestabilización, por su asunto, el punto de vista y su insemnación por otra forma discursiva, del propio carácter académico del libro.

Si en esta zona discursiva de lo serio, la ruptura del canon de lo académico ocurre por la ampliación de los tópicos tratados --de lo literario a los graffitis y el tatuaje--, y por la contaminación con lo autorreferativo, relativo al proceso de gestación del libro, la crítica carnavaliza a la crítica cuando el discurso ficcional la somete al embate de los sucesos de la vida cotidiana, de los juegos intertextuales, de la yuxtaposición y contrapunto de textos culturales de diverso origen, entre ellos, algunos anónimos y fragmentos de entrevista; de los ejercicios paródicos, del choteo cubano, del juego escritural de los apócrifos, de las vecindades (frases en latín junto a frases coloquiales, tópicos serios junto a ubicaciones degradadas), de las citas inventadas, de las bibliografías inexistentes.

Por su acción lúdica. *Ella escribía poscrítica* dialoga con una zona del libro de ensayos sobre erotismo y literatura, la ciudad, y la pintura, *Escrito sobre un cuerpo* (1967) de Severo Sarduy.² En la Segunda Parte de este libro, dedicada a Lezama Lima, el género ensayo se sale de su cauce cuando se dialoga con otros escritores, incorporándolos al discurso fragmentado de Sarduy. La inclusión de poemas y de prosa poemática del autor, en homenaje a Lezama, las "notas falsas", en las que el escritor hace explícita su estrategia autorreferativa, la construcción de un diálogo entre personajes de ficción, y la de un lector hipotético, el collage y la parodia son acciones que de manera explícita pretenden suscitar, en palabras de Sarduy, la suave risa cubana para romper el tono monocorde.

Pero este juego no tiene otras fronteras que las que el propio texto le marca y su estrategia se limita a una zona del libro, a aquella relacionada con lo cubano. El sujeto de la enunciación/Severo Sarduy es una unidad cuestionada por las voces de la ficción y del lector hipotético, pero ese sujeto enunciativo no vive el riesgo de la escisión identitaria, ni es elemento dinamizador, desde el género sexual, de una discusión con un género literario canónico, ni se proyecta más allá de la movilización parcial que pone en juego.

La acción del libro de Mateo, por el contrario, participa de la crisis de crecimiento de los estudios literarios al mover el paradigma de la investigación académica, al cuestionar, desde la periferia, el modelo normativo de la posmodernidad, modelo que de por sí, es antinormativo, pero que en última instancia se presenta como un discurso, que desde el centro, pretende erigirse como referente universal. Esa resistencia anticolonial de la periferia, esa búsqueda en "el interior" de una marca diferencial frente al modelo del centro, ese gesto paródico del discurso logocéntrico, supone un lugar de enunciación que articula un contradiscurso resistente a la homogenización, que coloca en la cultura la estrategia de supervivencia frente a la globalización; es una intervención en el discurso ideológico de la modernidad que "trata de dar una normalidad hegemónica al desarrollo desigual y a las diferenciales y desventajadas historias de naciones, razas, comunidades y pueblos" (Bhabha 1994: 171).

Esta acción poscolonial que discute con el proceso de occidentalización, marca su entrada y salida de este proceso mediante la producción creativa de lugares diferenciales de enunciación y de estilos de pensar (Mignolo 1995:32). La indagación en torno a lo propio posmoderno en el contexto de la producción cultural periférica, tiene un carácter oposicional y reivindicativo en el reclamo de lo local y de lo que llega tarde. Pero en *Ella escribía poscrítica*, la política de la localidad que se coloca frente a lo universal está atravesada por el género, por el borde de lo femenino, y su posición diferencial.

Ya el título alude a la situación protagónica del sujeto femenino, que es un sujeto de la crítica y de la etapa de lo post. Ubicación de género, temporal y profesional, el título es

referencia intertextual al fragmento de *Tres tristes tigres* (1967) de Guillermo Cabrera Infante, "Ella cantaba boleros" y la irrupción del sujeto femenino de una nueva escritura. La alusión intertextual anticipa el diseño del sujeto enunciativo del libro, por oposición. Si la fragmentación que en "Los debutantes" (en *TTT*) alterna dos espacios discursivos diferentes y uno de ellos se coloca bajo el título de "Ella cantaba boleros", en también en *Ella escribía poscrítica* se alternan fragmentos discursivos diferentes, y un grupo de éstos se colocan bajo el epígrafe de "Ella escribía poscrítica". Pero la naturaleza discursiva diferente en el libro de Mateo, que establece un vínculo contaminador entre sus partes, y la homologación de epígrafes y título marcan una distancia del texto, con el cual dialoga y evidencia la intencionalidad de focalizar al sujeto femenino. Aquí no me interesa tanto si Mateo, de manera consciente discute con el texto canónico de la literatura cubana --cuyo análisis como antecedente de lo posmoderno cubano se hace por el discurso académico de *Ella escribía poscrítica*--, sino las maneras en que en la novela de Cabrera Infante y en el libro de ensayo/narrativa de Mateo se articulan relaciones con la mujer como objeto, en la primera, y como sujeto, en el segundo.

En lo que a la construcción de la imagen de la mujer se refiere, si el personaje de la Estrella es esa masa corporal, indetenible en su flujo sonoro y en su presencia estentórea, en su vulgaridad estridente y animal, y su nombre alude a su condición profesional y su "fuerza cósmica"; el personaje de Surligneur-2 es un sujeto cuya caracterización privilegia la conciencia y no el cuerpo (no se le describe físicamente), su ser plural está definido por su pensar plural y sus variados nombres aluden a esa condición. Pero además, si Estrella es el objeto dominado por las voces masculinas (la del fotógrafo y la del locutor) y no tiene derecho a hablar, la voz dominante en el libro de Mateo es la del sujeto crítico femenino, del discurso académico, y las voces del personaje femenino que se hacen escuchar a través de la mediación de una voz enunciativa, que aunque desde la tercera persona, se coloca en el punto de vista del personaje protagónico.

El protagonismo de ese sujeto femenino es central al libro pues en el discurso serio y autorreferativo, en el de las cartas y el "postprólogo", la autora es Margarita Mateo, autora del libro; juego de dualidad autoral que se combina con la plurivocidad del texto. Este sujeto femenino es espejo de la visión fragmentada y contaminada que se construye en el libro del cual es protagonista. Escindido en varias identidades, antagónicas o derivativas (Surligneur-2/Dulce Azucena/la Mitopoyética/La Abanderada Roja/La Feministadesatada), pero esencialmente regidas por la oposición entre razón y emoción, el sujeto femenino, que alude a la voz del discurso académico de manera oblicua, vive la experiencia de esa Habana en crisis de los años del Período Especial y no logra resolver el conflicto especular del libro; la vieja polémica entre el Logos y el Pathos.

La ficción autobiográfica contamina al discurso académico --contaminado dentro de sí mismo--, cuando la experiencia de vida se matiza por la intertextualidad paródica, por los personajes literarios, vivos y muertos, por la interpolación alusiva y erudita de fragmentos literarios latinoamericanos y por enunciados de la narratología ("el qué de Bremond"), por la vecindad bajtiniana del discurso elevado con el coloquial: "Nada lo de siempre: la transculturación, el ajiaco y la nación. Y ahora como para acabar de volvernos locos, la isla y la diáspora (46)", y la burla carnalesca.

Si en el discurso de lo serio se combina la voz en tercera, propia a la enunciación académica, con la primera de los fragmentos epistolares, en el discurso ficcional se narra desde una tercera y desde el estilo indirecto libre, que como en el fragmento anteriormente citado, permite una primera persona del plural. Este relativo distanciamiento de la tercera persona, la

construcción de personajes ficticiales --por más autobiográficos que puedan ser--, indican una estrategia narrativa que pareciera tener como superobjetivo una exploración sobre la crítica y sobre el sujeto de la crítica y que aún no se entrega totalmente a la experiencia de la ficción. Libro encabalgado entre dos géneros y al mismo tiempo con un propósito que en lo temático es unificador (la posmodernidad), revela sin embargo la pulsión de un discurso ficcional que pugna por expresarse y definirse, ahora, discutiendo con lo académico.

Esta ambigüedad, este borramiento de las fronteras de los géneros literarios --el ensayo y la narrativa; las cartas, la confesión y el testimonio, las citas eruditas y las apócrifas--, esta *contaminatio*, esta crítica paródica de la crítica tiene una carga desestabilizadora que, de acuerdo con los marcos que el libro establece --un sujeto femenino es portador de la transgresión de los géneros--, tiene una indudable relación con la posicionalidad de lo femenino. De lo femenino entendido, como lo entiende Damiela Eltit, "como aquello que desde los bordes busca producir una modificación en el tramado monolítico del quehacer literario".³

El relato de la experiencia de vida de una mujer cubana en tiempos de crisis, su lucha por la supervivencia, la tematización de su conflicto existencial, la construcción discursiva de la relación madre-hijo (anunciada en la dedicatoria del libro), la ficcionalización de la tensión neurótica entre el deber y la emoción, el carácter problemático de la relación sentimental con el hombre, el espacio vacío del placer corporal, son aspectos que en lo temático colocarían este texto dentro de algunas de las tendencias de la escritura de las mujeres.

Pero el hecho de que ese relato insemine penetrando al discurso académico, que movilice el horizonte de expectativa de un texto de esta naturaleza supone una acción de lo femenino que va más allá de la descripción de una experiencia de vida, objetivo que para la ginocrítica sería fundamental --y suficiente--, en los textos escritos por mujeres.

En uno de los fragmentos de la línea discursiva académica, en uno de sus textos no canónicos ("Post-epístola ad editorem o lo que se quedó se quedó"), la autora se excusa de no haber podido cubrir en este libro, lo que denomina "una visión femenina", el estudio del problema del género en textos tanto de "varones" como de "hembras", evitando lo que califica de "excesos feministas". Aunque no era éste el momento de precisar qué entiende Mateo por visión femenina y qué, por excesos feministas, se establece una distancia de "lo feminista". Sin embargo, en su libro, hay una línea antipatriarcal, explícitamente antimachista ("Los falos erráticos están demasiados sujetos a la debilidad de la carne para que siga teniendo vigencia la representación falocéntrica y autoritaria del mundo" (86), y una línea reivindicativa, invocadora de espíritus femeninos: las escritoras del Caribe, la figura de la Madre, las orichas del panteón afrocubano y María Zambrano.

Por otra parte, el protagonismo del espacio de lo privado de la vida doméstica y familiar dialoga con el espacio de lo público que es el espacio de la vida profesional y de la escritura. Esta afectación de lo público por lo privado, resultado de la contaminación de las dos líneas discursivas, pero también de la propia fragmentación del discurso de lo serio, por las cartas personales, es una acción destructiva --el todo es una forma de la parte, lo elevado es una parte de lo bajo--, y feminista, al menos de una manera implícita.⁴

Esta acción va más allá de las propias fronteras en tensión del libro, cuando en 1996, se presenta en La Habana, en acto público. Ese día concurren críticos "serios" y la propia autora, disfrazada como un personaje inventado, Inclita de Mamporro, portando peluca y pendientes, las medallas obtenidas como premio a la labor profesional. Esta performance, parte del juego que *Ella escribía poscrítica* había iniciado, continuaba la transgresión del canon de la crítica y de las instituciones culturales que promueven a la crítica.

Tras una nueva máscara, Margarita Mateo asumía aquel día en el texto "Ella no escribía poscrítica", la hermenéutica de su propio libro mediante la autoparodia, los juegos temporales e intertextuales, los apócrifos, las alusiones ficticiales a sus colegas vivos allí presentes. Inclita de Mamporro/Margarita Mateo invocaba de nuevo a María Zambrano, espíritu tutelar, para explicar la génesis y el núcleo del libro: la transgresión de géneros y la lucha entre el pensar y el sentir. Esa transgresión se duplicaba en el acto performativo de la presentación del libro que movilizaba de nuevo a la institución literaria.

III

La crítica cubana ha aludido al esfuerzo agónico del libro de Mateo, al proyecto imposible de escribir poscrítica en Cuba (López, 1997), a su constante subversión de los códigos que son sus modelos (Baujín, 1997), y de la estructura canónica del discurso académico (Morejón, 1997). No se ha intentado sin embargo, la posibilidad de establecer un vínculo entre esa transgresión y lo femenino, como discurso desde los bordes aunque existe en Cuba, desde finales de los años 80, una crítica feminista de arqueología literaria, de establecimiento de un corpus femenino dentro de la literatura cubana, de discusión con el canon y la institución literaria marcada por lo masculino. Es la profesora italiana Alessandra Riccio, la que se aproxima a esa posible lectura, cuando valora la acción de Mateo como un gesto audaz de una mujer que pone en crisis su patrimonio intelectual (Riccio, 1999).

De acuerdo con mi (tardía) lectura, *Ella escribía poscrítica* pertenece a la esfera de acción de aquellos textos de escritoras latinoamericanas, cuyo objetivo (explícito o implícito), según Jean Franco, no es enfrentarse al patriarcado, asumiendo una nueva posición femenina, sino poner en entredicho, mediante la parodia, el pastiche, la mezcla de géneros y la construcción de mitologías subversivas, la asociación entre el poder, el conocimiento y lo masculino (Franco 1996:105).

Más allá de lo puramente temático, lo femenino actúa en lo estructural, en la construcción discursiva, donde la parte, la diferencia, lo periférico, lo marginal son asuntos del texto y al mismo tiempo, sus protagonistas. Lo femenino, desde los bordes, logra producir una modificación en el tramado del quehacer literario, en este caso en el terreno de las fronteras de los géneros literarios y en el estatuto de los estudios literarios. La marca del género sexual estaría en la visión fragmentada, plural, en la burla paródica de lo serio y en la autoparodia de un sujeto femenino escindido.

Más allá de su argumentación poscolonial sobre el posmodernismo cubano como la búsqueda de una nueva ética, de su no renuncia a la historia ni al proyecto de emancipación, más allá de su creencia en la validez de la utopía, de su confianza en el proyecto cultural cubano, más allá del patetismo humorístico de la vida cotidiana en los años noventa que se (re) cuenta, en *Ella escribía poscrítica* el sujeto femenino contamina el discurso serio de otro sujeto femenino, apresado en la racionalidad del logos pero a su vez asumiendo con voz propia posturas que no se dejan encasillar, ni encasillan fácilmente, desde una posición antiautoritaria y por lo tanto, antipatriarcal y validando, como María Zambrano, la importancia del sentir. Con esta acción, se inscribe en la práctica discursiva y social de aquellos textos que desde el feminismo (implícito o explícito) han marcado un cambio en los estudios literarios latinoamericanos.

Notas

1. Margarita Mateo, *Ella escribía poscrítica*, La Habana: Casa Editora Abril, 1995. Esta es la edición citada.
2. Roberto González Echevarría me sugirió, al final de nuestro panel en LASA (Miami, 2000), la comparación del libro de Mateo con el de Sarduy, por lo cual le estoy agradecida.
3. Citado por Nelly Richard, "Teoría feminista y crítica de la representación", *La estratificación de las márgenes*. Santiago de Chile: Francisco Zegers, Editor, 1993, p. 36.
4. Para Gayatri Spivak, la desconstrucción de la oposición de lo privado y lo público constituye un cierto programa, al menos implícito, en toda actividad feminista. Ver "Explanation and Marginalia", *In Other Worlds. Essays in Cultural Politics*, Nueva York: Routledge, 1987, p. 103.

Bibliografía

- 1997 Baujín, José A. "Una recreación posmoderna del topos del ensayismo", *Revista Universidad de La Habana*, num. 247: 216-217.1968
- 1994 Bhabha Homi K. "The Postcolonial and the Postmodern. The Question of Agency", *The Location of Culture*, Londres: Routledge, 171-197.
- Cabrera Infante, Guillermo *Tres tristes tigres*, Barcelona: Seix Barral, 1968.
- 1992 Castillo, Debra A. *Talking Back. Toward a Latin American Feminist Literary Criticism*, Ithaca: Cornell University Press.
- 1984 Culler, Jonathan, *Sobre la deconstrucción*, Madrid: Cátedra.
- 1997 de Mamporro, Inclita, "Ella no escribía poscrítica", *Unión*, num. 26, enero-marzo: 91-92.
- 1975 Fernández Retamar, Roberto *Para una teoría de la literatura hispanoamericana y otras aproximaciones*, La Habana: Casa de las Américas.
- 1986 Franco, Jean, "Apuntes sobre la crítica feminista y la literatura hispanoamericana", *Hispanérica*, año XV, num. 45: 31-43.
- 1988 _____ "Si me permiten hablar: la lucha por el poder interpretativo", *Casa de las Américas*, año XXIX, num. 171: 88-96.
- 1988 _____ "Beyond Ethnocentrism: Gender, Power and the Third-World Intelligentsia", *Marxism and the Interpretation of Culture* (ed. Cary Nelson y Lawrence Grossberg), Urbana y Chicago: Universidad de Illinois, 503-515.
- 1996 _____ "Invadir el espacio público: transformar el espacio privado", *Marcar diferencias, cruzar fronteras*, Santiago de Chile: Cuarto Propio, 91-116.
- 1993 Kaminsky, Amy *Reading the Body Politic. Feminist Criticism and Latin American Women Writers*, Minneapolis: Universidad de Minnesota.
- 1984 Ludmer, Josefina "Las tretas del débil", *La sartén por el mango*, (comp. Patricia Elena González y Eliana Ortega), San Juan: Ediciones Huracán, 47-54.
- 1993 Masiello, Francine "Diálogo sobre la lengua: colonia, nación y género sexual en el siglo XIX", *Casa de las Américas*, num. 193, oct-dic.: 26-36.
- 1994-95 Mignolo, Walter "Entre el canon y el corpus. Alternativa para los estudios literarios y culturales en y sobre América Latina" *Nuevo Texto Crítico*, num. 14-15, año VII: 23-35.
- 1995 _____ "Occidentalización, Imperialismo, Globalización: Herencias coloniales

- y teorías postcoloniales", *Revista Iberoamericana*, enero-junio, vol. LXI, nums. 170-171: 26-39.
- 1997 Morejón, Idalia, "Ella escribía poscrítica: de los márgenes al centro de la polémica", *Unión*, ob. cit.: 87-90.
- 1999 Ortega, Julio, "Diálogos sobre género, diferencia y literatura", *El combate de los ángeles. Literatura, género, diferencia* (comp. Rocío Silva Santisteban), Lima: Universidad Católica del Perú, 15-25.
- 1990 Pratt, Mary Louise "Women, Literature and National Brotherhood", *Women, Culture and Politics in Latin America, Seminar on Feminism and Culture in Latin America*, Berkeley: Universidad de California, 48-73.
- 1993 _____ "Criticism in the Contact Zone", *Critical Theory, Cultural Politics and Latin American Narrative* (ed. Steven Bell, Albert LeMay y Leonard Orr), Notre Dame y Londres: Universidad de Notre Dame, 83-102.
- 1999 Riccio, Alessandra "Maggie Mateo renuncia al suo patrimonio", *Confini*, diciembre: 45-48.
- 1989 Richard, Nelly "Teoría feminista y crítica de la representación", *La estratificación de las márgenes*, Santiago de Chile: Francisco Zeger Editor, 61-68.
- 1990 _____ "De la literatura de mujeres a la textualidad femenina", *Escribir en los bordes* (comp. Carmen Berenguer y Eliana Ortega), Santiago de Chile: Cuarto Propio, 39-52.
- 1993 _____ "¿Tiene sexo la escritura?", *Masculino/Femenino*, Santiago de Chile: Francisco Zeger Editor, 31-45.
- 1998 _____ "Antidisciplina, transdisciplina y redisciplinamiento del saber", *Residuos y metáforas (Ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la transición)*, Santiago de Chile: Cuarto Propio.
- 1994 Rodríguez, Ileana *House, Garden and Nation, Space, Gender and Ethnicity in Post-Colonial Latin American Literature by Women*, Durham y Londres: Duke University Press.
- 1967 Sarduy, Severo *Escrito sobre un cuerpo*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.
- 1994 Schmidt Rita T. "Da ginolatria a genologia: sobre a função teórica e a prática feminista", *Trocando Idéias. Sobre a Mulher e a Literatura* (comp. Susana Bornéo Funck), Florianópolis: Universidad Federal de Santa Catarina, 23-32.